



ARAÑA ^Y SPIDER-MAN UN FUTURO



**2099
OSCURO
ALEX SEGURA**

MARVEL

 Planeta

CAPÍTULO 1

—¡Muévete, engendro!

Las palabras sacaron a Anya Corazón de su aturdimiento. Su recorrido habitual, parecido al de un zombi, del coche de su papá hasta su casillero en la preparatoria Milton Summer, en Fort Greene, Brooklyn, no era algo que hiciera de manera consciente: avanzaba por los pasillos entre parejas, chicas de los clubes de porristas que ponían letreros para el gran concurso «Completa los Espacios» y estudiantes de primer año que paseaban como niños perdidos. Pero hoy era diferente. Hoy había mucho ruido.

Alguien le gritaba a ella.

Dio media vuelta con los brazos cruzados, como si se preparara para una batalla épica que solo ella sabía que venía. Sintió cómo su amiga Lynn se tensaba detrás de ella, sorprendida por la reacción defensiva de Anya.

—Anya, ¿qué...?

Antes de que Lynn terminara la pregunta, Anya ubicó el lugar de donde provenía aquel grito gutu-

ral: Derek López, el gorila que juega fútbol americano en Milton Summer aprobado por la USDA. Como de costumbre, avanzaba a toda velocidad, empujando todo y a todos los que se encontraban en su camino hacia la salida. Como ala cerrada del equipo, López no solo anotaba puntos en la cancha, sino que podía hacer todo lo que se le diera la gana fuera de ella. En ese momento intentaba pasar frente a Anya.

Era lo que le faltaba a aquella semana tan mala que Anya había tenido. El lunes, en la clase de gimnasia, su desempeño fue pésimo; el miércoles se quedó dormida en el examen de Química, lo que provocó la ira del señor Rodríguez, y el jueves salió de su casa echando chispas tras otra discusión con su papi. Lo de siempre: Anya había llegado muy tarde y él estaba preocupado. Ella entendía por qué reaccionaba así, pero no podía explicarle el porqué; odiaba esa situación, pero no tenía opción. Y ahora, eso.

López extendió la mano, tomó a Lynn por el brazo y la apartó de su camino. Anya escuchó el grito de dolor de Lynn cuando trató de liberarse. Pero otro sonido lo acompañó: un «¿Eh?» grave que lanzó López cuando sintió que lo jalaban hacia atrás. Soltó a Lynn en el momento en que se estrelló contra unos casilleros que estaban cerca. El ruido de su cuerpo fornido al golpear el metal era satisfactorio, pensó Anya.

No quería hacerlo, pero lo haría si era necesario. Si había algo que no toleraba era a los acosadores, y López era la definición literal de un *bully*.

Anya vio que López se frotaba los ojos, incapaz de creer que alguien pudiera aventarlo de esa manera, mucho menos Anya.

Anya sintió a Lynn a su espalda.

—Amiga, ¿cómo hiciste eso?

Anya vio que López se deslizaba hasta el piso con un ligero quejido; su mano, gruesa como un filete, descansaba en su frente. No quería sentirse bien por ello. No le gustaba lastimar a la gente, pero a veces había que defenderse.

Antes de que Lynn dijera algo más, Anya se dio la vuelta y jaló a su amiga para que la siguiera por el pasillo. Se les hacía tarde y un pequeño grupo empezaba a formarse alrededor del tonto que estaba en el suelo. Era hora de irse.

Cuando estuvieron a cierta distancia, Lynn volvió al tema.

—Anya, en serio, mides 1.50 y pesas cincuenta kilos, además estás completamente empapada —dijo Lynn, siguiéndole el paso—. Acabas de empujar contra la pared a la estrella del equipo de futbol americano. Pero ¿cómo es...?

Antes de que pudiera terminar, sonó la segunda campana. Ya se les había hecho tarde.

—Lynn, tenemos que apurarnos, ¿okey? —dijo Anya—. Podemos hablar después.

Sin decir más, Anya se dirigió al ala C de la escuela y dejó a su amiga atrás. Se apresuró y corrió por el pasillo, que ya estaba vacío. No quería correr a toda velocidad, no por miedo a que la castigaran o empezara a sudar, sino porque todavía no sabía cómo funcionaban sus poderes y qué era capaz de hacer.

Entró al salón C223 y se deslizó en su asiento, bajo la mirada reprobatoria del señor Rodríguez, el elegante maestro de Química, cuyas vibras eran muy parecidas a las de Lestat, el vampiro. Cuando puso su mochila en la silla, Anya miró su celular. Había un texto de Gilberto, su papá.

«Necesitas volver a casa directo de la escuela, Arañita. No lo olvides».

Anya puso los ojos en blanco.

¿Por qué todo tenía que ser tan complicado? Las cosas eran mucho más sencillas antes. Los secretos hacían que la vida normal fuera muy tensa. Pero la alternativa era peor: si Anya no guardaba sus secretos, la gente podría salir lastimada, y mucho.

Tomó asiento y dejó que su corazón se tranquilizara. Aún se sentía un poco alterada por el encuentro en el pasillo. Tenía que reaccionar mejor en ese tipo de situaciones, controlarse más, pero la habían tomado por sorpresa.

Esa mañana se había despertado con un sobresalto al darse cuenta de que la alarma sonó, pero ella se había quedado dormida. Su papá ya había empezado su rutina. Se había acostumbrado a recordarle que

él no era responsable de levantarla en las mañanas. Ya tenía edad para poner la alarma. Tenía razón. Anya estaba en preparatoria, tenía responsabilidades no solo en la escuela, sino con sus amigos.

Anya se vistió como pudo y comió un wafle en su camino al autobús, pero cuando entró al vestíbulo de la escuela seguía sintiéndose rara y la pelea con el deportista idiota no la ayudó a sentirse mejor. Repasó en su mente la lista de cosas pendientes y se estremeció. Tenía que escribir la reseña del partido de softbol femenino para el periódico de la escuela, el *Lancer*, y debía terminar la tarea para la señorita Dymond sobre *La mano izquierda de la oscuridad*, de Le Guin. El día no tenía tantas horas. Ya no. No desde que... pasó lo que pasó.

Unos claros murmullos a su espalda la sacaron de su ensoñación.

—Oye, hermano, ¿escuchaste lo de Spider-Woman?

Anya paró la oreja para escuchar la conversación de los dos chicos que estaban sentados atrás de ella, Jesse y Dave. Se reclinó un poco hacia atrás, mientras el señor Rodríguez garabateaba la tarea en el pizarrón, pero sin dejar de poner atención a la conversación que se desarrollaba a su espalda, haciendo un esfuerzo por escuchar a pesar de los ruidos en el salón.

—No, no, hombre, es una chica, una niña —respondió Dave. Anya podía imaginar al chico de lentes que negaba con la cabeza, incrédulo—. Bueno, no.

¿Como nosotros? ¿De nuestra edad? Pero seguro no es un adulto.

Casi escupe la última palabra, como si fuera una grosería.

—Entonces qué, ¿es Spider-Girl? —dijo Jesse—. ¿Spider-Teen?

Callaron de pronto. Anya vio que el señor Rodríguez miraba hacia donde estaban ella y los chicos, antes de desviar su atención de nuevo a su trabajo. Dejó escapar un ligero suspiro. Unos segundos después, Dave le murmuró a su amigo.

—Creo que su nombre es Araña —dijo—. O algo así.

—¿Araña?—preguntó Jesse, alzando la voz mucho más que un murmullo—. ¿Qué demonios quiere decir eso?

Anya volteó de inmediato, con una sonrisa socarrona en el rostro. Si iban a hablar de ella, se aseguraría de que lo hicieran de manera correcta.

—Un arácnido, chicos —explicó—. No les vendría mal abrir un libro de vez en cuando.

Vio cómo ponían los ojos en blanco y miró otra vez al frente. Mientras sacaba un lápiz y empezaba a tomar algunos apuntes, podía descifrar partes de la conversación. Tenía que concentrarse en la clase. Debía encontrar la manera de escabullirse durante el almuerzo para terminar ese trabajo. Anya Corazón tenía muchas cosas que hacer, sin embargo no pudo quitar la sonrisa de su rostro.

Por supuesto, la vida era complicada, pero también era... ¿divertida?

CAPÍTULO 2

Anya se sintió culpable al ver que Lynn la buscaba en la entrada de la escuela. Después de un momento, su amiga se encogió de hombros, se dirigió al autobús y se formó en la fila detrás de algunos de sus compañeros de clase para volver a casa.

Cuando el autobús desapareció al doblar la esquina, Anya salió de su escondite y avanzó hacia su departamento.

Se sentía mal. No le gustaba mentirle a su mejor amiga ni a su padre. Ella no era quien pensaba, pero creía que en las últimas semanas no había tenido muchas opciones. Se sentía perdida, flotando sin guía ni dirección. Aquello era nuevo para Anya, quien siempre se había sentido orgullosa de ser independiente y consciente de sí misma, pero, últimamente, no sabía qué hacer, en el mejor de los casos.

Todo le parecía tan claro, al menos hacía algunos meses. Anya estaba motivada; no solo quería ser una buena estudiante, también deseaba estar informada y tener experiencias. Sabía que parte de esta actitud provenía de su papá, quien había adquirido fama

como uno de los mejores reporteros de investigación en la ciudad. Quizá por eso se sentía tan apasionada por su pequeña aportación en el periódico de la escuela. Pero era más que eso. Quería aprovechar lo que tenía lo mejor que pudiera, tanto en lo académico como en todo lo demás en que participara, ya fuera liderando la banca del equipo femenino de basketbol, haciendo el diseño del anuario escolar o redactando historias para el periódico escolar. Sabía que a las universidades no solo les interesaba la boleta de calificaciones; pedían que los candidatos fueran «tridimensionales», y Anya haría todo lo posible para hacerlo. Sus padres habían ido a la universidad, pero les había costado trabajo. Su mamá tomaba clases nocturnas mientras trabajaba y cuidaba a su bebé. Su papá asistió a la universidad estatal al mismo tiempo que trabajaba como corresponsal para un periódico de segunda categoría que le pagaba por palabra. Se las vieron negras para tener una educación. Sabía que ellos deseaban algo mejor para ella. Pero no se trataba de defraudar a su papi, sino de aprovechar las oportunidades que se le presentaban para lograr su sueño. Anya quería marcar la diferencia, ayudar a la gente, aunque no estaba muy segura aún de qué implicaba eso, si seguir los pasos de su papá y hacerse reportera para arrojar luz sobre las oscuras verdades que la gente poderosa quería ocultar o algo más directo, como estudiar medicina o hacer trabajo comunitario. Pero aún tenía tiempo

para decidirlo. Solo necesitaba asegurarse de tener la opción por la que tanto trabajaron sus padres para poder ofrecérsela.

Cuando Anya llegó a la cuadra de su casa, por instinto se llevó la mano izquierda al brazo derecho, debajo de la manga de la blusa. Miró el complejo tatuaje que adornaba su piel. Lo tocó y sintió que palpitaba ligeramente, podía sentirlo y verlo. Parecía que el tatuaje le hormigueaba un poco, como lo que se siente cuando se duerme un brazo o una pierna, pero más fuerte. Más... ¿poderoso?

Se bajó la manga de un tirón.

Anya siempre pensó que un día se haría un tatuaje, pero lo había imaginado más como un acto dramático de rebelión adolescente, tras un megapleito con su papi. Nunca pensó que un día despertaría con una marca en la piel, y mucho menos que esa marca le daría poderes arácnidos.

Decir que los últimos meses habían sido agitados era un eufemismo.

Anya se llevó la mano al cuello, donde alguna vez usó el amuleto que le había dado su mamá, Sofía. Hacía años que Anya no veía a su madre, pero aún podía recordar su voz suave, el olor de su piel y la bondad de su mirada. Sofía los había abandonado de pronto, a ella y a Gilberto, cuando Anya apenas era una niña. Anya no conocía las razones por las que Sofía lo hizo, los recuerdos se habían borrado y nunca hablaba de eso con su padre. Gilberto se

negaba a hablar de la desaparición de su esposa; solo decía que la madre de Anya era una buena mujer y que había tenido sus razones. Su ausencia había dejado un vacío que Anya nunca pudo llenar, a pesar de los valientes esfuerzos de su padre.

Gilberto era todo lo que Anya podía desear en un padre: responsable, cariñoso, paciente y comprensivo. Sin embargo, sabía que sentía el mismo dolor que ella. Se preguntaba por qué la ausencia de su madre se interponía entre ella y su padre como un profundo barranco que ninguno de los dos se atrevía a cruzar.